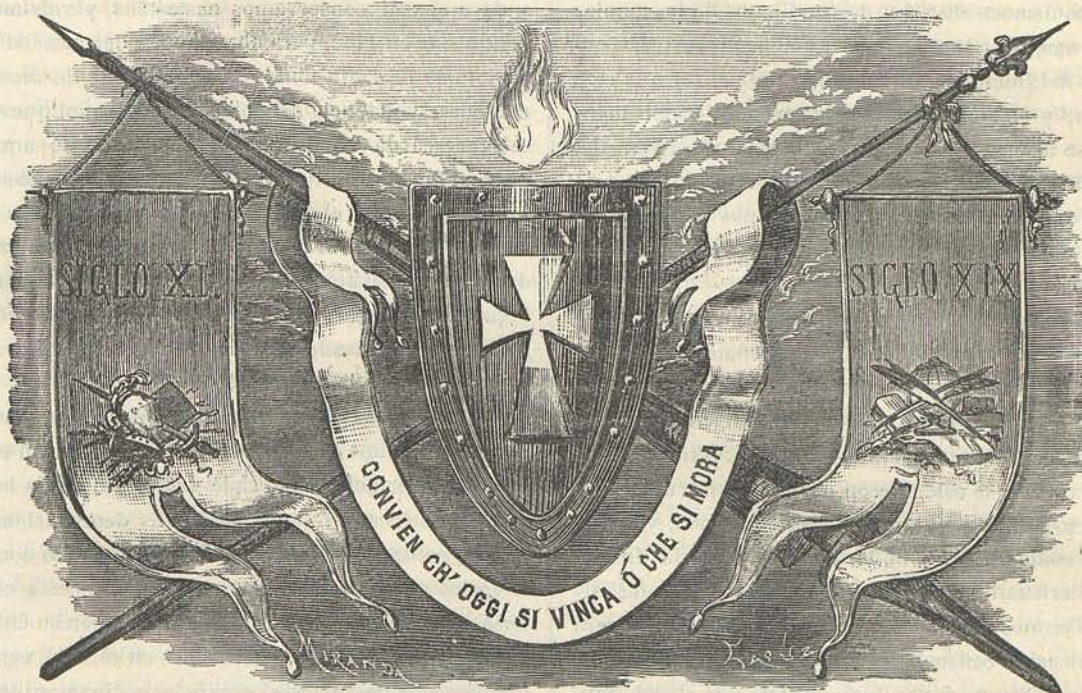




LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SUMARIO.

El Catolicismo en la Argelia, por D. P. de Jove y Hevia.—*Patria y religion* (continuacion), por D. Florencio Plá y Sampedro.—*La Paz del alma*, poesia, por el Sr. Marqués de Monesterio.—*A una niña*, poesia, por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—*Una espera al oso en Astúrias*, por D. Alejandro Pidal y Mon.

EL CATOLICISMO EN LA ARGELIA.

El pasado.—El presente.—El porvenir.

ARTÍCULO PRIMERO.—EL PASADO.

Deseo corresponder á la confianza con que me aclamasteis *colaborador*, vosotros, los jóvenes, y por lo mismo ardientísimos *cruzados* del siglo XIX; pero por más que complacido navegue el Santo viaje de la barca Santa, no espereis encontrar en mí un tripulante audaz, apasionado de la lucha y del peligro, sino más bien un antiguo y fatigado marinero, que en los momentos de calma tratará de entretener vuestras horas, si alrededor de él os agrupais, refiriendoos sucesos y anécdotas de pasados dias; puesto que por una parte no es la discordancia y la lucha lo que busco en los

mares religiosos, sino el descanso del alma y la armonía de todo lo creado, y que por otra, en vez del impulso que nos anima á descubrir nuevos horizontes, entregándonos á las elucubraciones del espíritu, siento algo que me advierte que ha empezado para mí la vida de los recuerdos, que empieza siempre al declinar de los años.

Estas narraciones, no temais, no tendrán nada que espante las hermosas ilusiones de vuestra feliz existencia; que siempre he separado las espinas que he encontrado en mi camino, para que á nadie más que á mí dañasen, y he acostumbrado á mis lágrimas á que laven mi corazon para que no enturbien mis ojos. Y si bien es cierto que he aprendido algo tristísimo en el estudio de las cosas y de los hombres, no por eso he dejado de admirar aquellas y de amar á estos; y al hablarlos no recordaré más que lo que unas y otros tienen de bueno. Por esto, al llevaros al Africa con mis recuerdos, os llevo á la parte del Africa iluminada ya por la Cruz; y de la Cruz y de sus reflejos os hablaré tan solo en esta primera narracion.

Al aparecer con la Cruz el reinado de la verdad, dominaba Roma esta parte del mundo, si bien de tanto

en tanto demostraban los descendientes de los gétulos todo el amor que sentían por su independencia. Los enviados del Hombre-Dios fueron á evangelizar á la raza de Cam, y en medio de las persecuciones y del martirio, se agruparon muchos indígenas alrededor del signo de salvacion, llegando á setecientos en los primeros siglos el número de los obispos africanos, y siendo uno de ellos, en el siglo v, el grande Apóstol de Hippona.

Continuaron algunos bajo los greco-romanos, disminuyeron al paso de los árabes, así como durante los dos siglos (de mediados del x al xii) en que dominó el país de Aschir (Argel) una dinastía indígena, y vinieron casi á extinguirse cuando los árabes, retrocediendo de Marruecos, se extendieron por las costas argelinas.

Nació entonces una gran necesidad social, y la Religión, como siempre, no tardó en satisfacerla. Infinidad de cristianos padecían triste cautiverio en los nidos de piratas formados en el litoral africano; y para comunicarles consuelo y pasto espiritual, y redimir cuantos pudiesen, fundó Juan de Mata, en el siglo xiii, la Orden de Trinitarios; estableció Pedro Nolasco la de la Merced, y unos y otros consiguieron penetrar en los calabozos y celebrar allí el sacrificio Santo; causando admiración á sus mismos verdugos en Bugia, Pedro Armengol, y en Argel, Ramon Nonato, cuyos labios fueron cerrados con candado para evitar los milagros de su predicación.

Llama la historia héroes á los que en momentos de exaltación corren en los combates á buscar los confines de una vida siempre triste: bien hizo la Iglesia en no confundirlos con estos y en llamar santos, á los que practicaron una abnegación constante, una privación de toda comodidad y reposo, sin más objeto que llevar el consuelo ó la vida espiritual á un desgraciado; y esto á escondidas, sin el estímulo de la gloria mundana, y sabiendo y deseando que permaneciese ignorado del mundo. ¡Que de actos de heroicidad no habrá presenciado la capilla española de esclavos de la calle de Babazun y las demás grutas subterráneas donde se albergaban nuestros hermanos!

Pero no eran solo mártires lo que España debía enviar á aquellas costas, sino también guerreros que levantasen la Cruz sobre sus espadas. Diego de Córdova, conquistando á Mers-el-Kebir en 1504; Pedro Navarro, conquistando á Orán en 1509, y poco tiempo después el Peñon que domina el puerto de Argel, levantaron allí la Santa enseña; y á pesar de las conocidas y poco afortunadas expediciones que á estas siguieron, la conservaron largo tiempo, sobre todo en Orán, á donde poseímos grandes territorios que nos pagaban tributo,

y cuya ciudad conservamos hasta 1708, y volvimos á conquistar en 1732, para abandonarla después del terremoto de 1790. He tenido el sentimiento de recorrer una correspondencia del gobernador español que versaba acerca de los detalles del abandono de aquella plaza al Dey de Argel; y digo sentimiento, porque siempre lo hay en ver el error en quien dispone de los destinos de la patria. Si la opinión pública hubiera podido manifestarse entonces por medio de la tribuna ó de la prensa, seguramente que se hubiera evitado aquella falta; pero privado de estos dos brillantes faros, el error navega en la oscuridad.

Argel, cuyos tiranos habían reconocido la soberanía de la Sublime Puerta para evitar la absorción española desde principios del siglo xvi, siguió desde la catástrofe de Carlos V aumentando sus depredaciones y rigores contra los cristianos, sin que pudiesen contrarrestarlos ni el establecimiento de los franceses en el *Bastion de Francia* (como le denominaron con su énfasis acostumbrada), ni sus bombardeos en el siglo xvii, ni los sucesivos de ingleses, españoles y dinamarqueses.

Pero la Religión aumentaba sus beneficios al compás de las necesidades y de los peligros, y nuestros trinitarios españoles encontraron medios de fundar en Argel un hospital, en lo más recio de las persecuciones, en 1612; y el administrador de este hospital cuidaba de los intereses españoles, siendo á la vez apóstol, enfermero y diplomático, como que en 1765 recibió instrucciones para negociar un tratado en unión con Gerardo José de Sousa, antiguo esclavo portugués, y entonces escribano de la marina del Dey.

A imitación nuestra fundó Francia un hospital por medio de Vicente de Paul, que en 1646 pasó al efecto á Argel con cuatro lazaristas, que llenaron las mismas funciones que nuestros trinitarios. En 1683 el Padre Le Vacher hacía funciones de cónsul de Francia, mientras bombardeaba la plaza Duquesne en nombre de Luis XIV; y no queriendo separarse del lado de sus enfermos y esclavos, fué atado con ellos á las bocas de los cañones para devolverlos al almirante francés que los reclamaba. Con el nombre de consular posee Brest el cañon instrumento del martirio. Por este solo hecho se pueden deducir los demás que en Argel se repetirían por aquellos tiempos. Escasos son los datos que para conocerlos nos suministra la historia; un religioso español escribió, sin embargo, con alguna anterioridad á estos últimos hechos, el único libro que nos da noticias contemporáneas; pero su edición se ha hecho tan rara, que solo conozco el ejemplar de la biblioteca de Argel. Es la «Topografía é historia general de Argel, por el Maestro Fray Diego de Haedo, Abad de

Fromenta, de la orden del Patriarca San Benito, natural del Valle de Carranza. En Valladolid, 1642.» Era el Padre Haedo canceller en Palermo, y refiere con natural sencillez que su libro está formado con los relatos de los esclavos que allí llegaban rescatados; distinguiéndose su historia en dos cosas importantes para nosotros: la primera en referir todas nuestras expediciones contra Argel desde 1509 á 1544: la segunda en mencionar á Miguel de Cervantes como uno de los esclavos que en Argel residieron. Sirvió además este libro como indicacion para encontrar el cadáver del Beato Gerónimo, tierno episodio que pertenece á los tiempos modernos, y que por tanto reservo para otro artículo.

La regularizacion del nunca bastante bien apreciado servicio consular, y los saludables escarmientos que á fines del pasado siglo y principios del actual hizo la Europa cristiana experimentar á los corsarios argelinos, modificaron sus relaciones con nuestros hermanos; y si bien continuaron sus correrías de tanto en tanto, apresando europeos por el aliciente del rescate, permitieron libremente el culto católico en las residencias de los agentes consulares. El tratado celebrado por el Conde de Expilly en 1786, estableció relaciones regulares con España; y por inventario que he tenido en mi poder, se ve que habia una capilla en la casa de campo del cónsul, y otra en la de la ciudad; capilla que por Breve de 1794 se puso bajo la jurisdiccion del capellan mayor ó vicario general de nuestro ejército, que dos años más tarde se convirtió en parroquia castrense, y que fué suprimida, así como el hospital, despues de la ocupacion francesa y establecimiento de la Iglesia católica en la Argelia. Todavía por indicacion mia se mandaron sus ornamentos y vasos sagrados á la capilla que sostenemos en Túnez; jójala que salgan de allí por parecido acontecimiento, y que dando la vuelta al África, regresen á España despues de haber asistido á la libertad de la Iglesia en todo el territorio africano!

Los cónsules compartieron con los religiosos los peligros y las buenas obras de los últimos tiempos: conserva el archivo de nuestro consulado general un libro que se titula *Cuentas de rescates y otros gastos de 1787 á 1803*. No por modestas dejaron de ser, como siempre, importantes y benéficas sus funciones allí. Individuos ilustrados de todos los países civilizados, viviendo en la fraternidad que establece el aislamiento, y dedicados esclusivamente á proteger á sus compatriotas, llegaban por hábito á un fondo de desprendimiento y benevolencia poco comun, por desgracia, en las relaciones sociales. Todavía he conocido

á alguno de ellos, y nuestra patria puede envanecerse en la persona de D. Vicente de Zugasti, hoy por desgracia jubilado, que alcanzó la corte del Dey Hussein, y cuya finura y bondad son digna muestra de aquel digno cuerpo consular.

No dejaban los deys de mostrar, á menudo, su brutalidad; y víctima de ella ha sido en 1799 nuestro agente D. Miguel Larrea, que fué obligado á trabajar durante un mes con pesada cadena, por una presa que en buena lid habíamos hecho de un corsario argelino; pero nuestro poderío habia decaido, y ni vengamos aquel ultraje, ni mucho menos hemos podido vengar los que nos causaron en 1822. Francia, más afortunada, se aprovechó de un gesto desdeñoso del Dey hácia su representante Deval, para pasar con poderosa escuadra á la bien elegida playa de Sidi-Ferruch y ganar la batalla de Staoueli. En consecuencia de ella, el general Conde de Bourmont, al frente de su ejército, adoró la Hostia consagrada que se alzó en un altar formado por tres tambores, en el *Casbah*, castillo y residencia del Dey; era el 5 de Julio de 1830. La Cruz triunfante marcaba una nueva época.

P. DE JOVE Y HEVIA.

PATRIA Y RELIGION.

ESTUDIOS FILOSÓFICO-HISTÓRICOS.

Aujourd'hui.... chacun scrute jusque dans leurs bases la religion, la politique et la société. Plus on creuse ces questions si diverses, plus on s'aperçoit qu'elles sont intimement unies....

EMILE KELLER. L'EGLISE, L'ÉTAT ET LA LIBERTÉ. PREFACE.

ARTÍCULO PRIMERO.

(Continuacion.)

III.

Déjase oír un estrepitoso ruido; algun pueblo se acerca; mas no podemos conocerle aun, porque el polvo que levanta flota en la atmósfera y le oculta á nuestra vista. ¿Quién acude á recojer el último suspiro del coloso romano? ¿Quién será? ¿De dónde viene?... Roma habia dominado el mundo; Roma absorbiera la vida de todos los pueblos; síntesis de la civilizacion antigua, solo allí se cultivaban las ciencias, tan solo allí brillaban las artes, y hasta allí se reunieran los dioses todos; allí estaba la vida..... Roma desaparece..... ¿vendrá la muerte á recojer su presa?

Mas ya se disipan las nieblas; mirad ahora. Por los confines del imperio aparecen unos hombres desconocidos, que deslumbrados por el brillo de las armas romanas, parece como que se detienen. Pero la necesi-

dad les impulsa y acuden allí donde todo sobra, porque se consume todo; no tienen hogar y buscan un techo amigo; ven rasgar la púrpura y demandan un giron para cubrirse; por eso pidiendo alargan la mano. Roma entonces saquea á las provincias y les tira oro, queriendo de este modo satisfacer sus pretensiones. ¡Vano empeño! Bien pronto el espíritu de independencia de aquellos hombres se resistió á recibir como merced lo que creyeron al alcance de su mano; la sencillez de sus costumbres no podía comprender que entre sus necesidades y los medios de satisfacerlas se interpusiera el imperio, escuchando ahora sus demandas para ver de acallarlas despues. Atezado el rostro de los bárbaros por los vientos glaciales del septentrion, no podian sentir con indiferencia que tan cerca soplasen las templadas brisas del Mediodia, y se deciden á dar un paso más para poseer las codiciadas comarcas. ¿Qué importa que el romano quiera atajarles el paso? El acero se escapa de sus afeminadas manos, mientras se agarra mejor con las rugosas del contrario. La hora del castigo habia sonado, y, segun la exacta frase de un escritor insigne, *del mismo modo que los delinquentes son ejecutados en el teatro de sus crímenes, así las legiones romanas llevadas por la mano de Dios fueron á sufrir su derrota en las mismas comarcas que habian devastado.*

Desde este momento todo es confusion y desórden: empujándose las unas á las otras, como las olas del mar, van las tribus del Norte avanzando y llegan hasta el antiguo Lacio, donde no se detienen, sino que siguiendo su camino van á llamar á las puertas de la ciudad de las siete colinas. Esparcidas acá y acullá las águilas habian sido pisoteadas por los nuevos conquistadores, que venian ahora á sorprender el nido; y si una vez logran su intento, cuando vuelven nuevamente, un anciano les sale al encuentro, y los guerreros se detienen, y Roma se salva..... la Roma cristiana, la Roma regenerada, que la del paganismo no era ya más que polvo y ruinas. Una nueva Roma se levantaba majestuosa sobre el sepulcro de la antigua; que los pueblos, como los hombres, tienen que pasar por la tumba para llegar á mejor vida.

Estos pueblos que pasan á nuestra vista eran fuertes, porque su gobierno era fuerte tambien, como que hacian derivar la autoridad del cielo, en cuyo nombre tan solo se podía imponer un freno á sus voluntades turbulentas. Allá en el fondo de su corazon atesoraban con afan sus creencias, amadas sinceramente por todos, y practicadas con un calor que prestaba nueva vida á aquella sociedad. ¿Qué mucho, pues, que el cetro imperial se viera destrozado por el hacha de

los bárbaros, cuando el fervor religioso de estos podia licuar el helado paganismo?

Nuevos pueblos aparecen: fijémonos en ellos.... mas, ¿cómo, si bien pronto otros nuevos los reemplazan? Con rapidez incesante se suceden los unos á los otros, ya acomodándose á vivir más ó menos confundidos, ya obligando á los vencidos á buscar una oculta comarca donde sepultar su baldon. Mas siempre veremos al romano sujeto y envilecido, que acostumbrado á arrastrar la dorada cadena del vicio, aviénesse bien ahora á sufrir la pesada con que el vencedor le une á sus caprichos. Marcó ayer el trabajo con el estigma de la ignominia, y el trabajo es hoy su ley, y mañana tal vez sea el precio á que pueda comprar su libertad. Antes fué orgulloso *quirite*, hoy es humilde siervo; en otro tiempo señor del mundo, y ahora apenas dueño de la tierra que cultiva. ¡Triste condicion la suya!.... ¿Y volverá á engarzar con hierro las perlas de su corona? ¿Y se atreverá otra vez á fundir reunidas las creencias todas por lograr no más una masa quebradiza?

.....

La demolicion ha cesado, y la reconstruccion comienza, aunque por partes. En ambas vertientes del Pirineo toma asiento el pueblo godo, que desde allí tiende la vista y contempla las fértiles comarcas de la Lusitania y de la Bética, ocupadas á la sazón por otras gentes. El godo no obstante las codicia, desenvaina su corta espada, y el más feliz resultado pone término á su empresa. Valia logra sujetar á vándalos y alanos, construye Leovigildo su corona con las doradas arenas que el Sil arrastra, y á las orillas del Guadalquivir recoge Suintila los últimos laureles que sembrara el romano. Y si en las armas obtiene el pueblo godo la palma del triunfo, alcanza en legislacion una gloria imprecadera, que de ambos modos asienta y da sólidos cimientos á su imperio. El odio que hiciera nacer en su pecho la resistencia de los vencidos, cede bien pronto el campo á la amistad, y fundidas así las dos razas, si nobles son los vencedores por su presente, las familias de los vencidos logran hacer valer los timbres de su pasado.

La unidad es el carácter distintivo de este pueblo: por la unidad viven la Iglesia y el Estado en ese maravilloso consorcio, en esa admirable armonía, que mueve á la Iglesia á prestar al Estado sus luces, é induce al Rey á poner su valimiento á servicio del Catolicismo; union íntima que, dando á la Iglesia intervencion en el gobierno, despues de moderar el poder real no siempre cauteloso, y enfrenar con sábias disposiciones á una nobleza algo turbulenta, llega á escribir en el

Fuero-Juzgo la Constitucion pública y la organizacion privada de aquel pueblo. Por esa union el Rey y la nobleza se respetan, y si bien algunas veces separados, militan otras unidos, viniendo así á tomar carta de naturaleza el *Oficio palatino*, foco sí en ocasionés de aleves tramas urdidas contra el trono, manantial las más de ellas de prudentes consejos, y en cuyo seno podia encontrar el Rey amigos, ora estoviesse su trono vacilante, ora encontrara firme apoyo en el amor de sus vasallos. Y el pueblo que aprendiera de la Iglesia el respeto á la autoridad, vivia alrededor de las iglesias, y no se veia ni avasallado por el Rey, ni ultrajado por los nobles. Para que nada rompiera la unidad, concurrían á aquellas famosas juntas de Toledo, el Rey con su poderío, la nobleza con su mando, el clero con su sabiduría, y con su obediencia el pueblo; concierto digno de estudio que una vez más nos revela el íntimo enlace que estrecha á la Religion y al Estado.

Su vida, sin embargo, se estingue pronto: apenas organizada la nacion, cuando podia recoger el fruto de su gobierno y la cosecha de sus afanes, echóse en brazos de guerras intestinas que iniciaba la ambicion y acrecian la maldad y corrupcion, que últimamente iban socavando los cimientos de aquel antes poderoso imperio. El fervor religioso comenzaba á entibiarse, y dejaron de ser tan frecuentes las reuniones conciliares. Las costumbres más apacibles que en los primeros tiempos, eran tambien menos severas, y la molicie concluyó por enervar el espíritu belicoso. Y para precipitar más la caida de aquel reino, pasaron los árabes el Estrecho, y tras una batalla, en cuya pérdida no cupo pequeña parte á la traicion, perdió Rodrigo la vida y con ella la corona. El reino vióse entonces envuelto por los sectarios del Korán, y los cristianos tuvieron que buscar abrigo en los primeros momentos en escarpadas cumbres donde pudieran poner á salvo sus vidas y sus creencias, que en los lugares de fácil acceso ondeaba el pendon de la media luna, simbolo de destruccion y de esterminio. De este modo perecieron á manos de la espada los que espada en mano penetraran en el reino.

(Se continuará.)

FLORENCIO PLÁ Y SAMPEDRO.

LA PAZ DEL ALMA.

CANCION SEGUNDA.

EL HIPÓCRITA.

¡Señor! hánse aumentado
Cual las olas del mar mis enemigos;
Ensalzan el pecado,

Desprecian los castigos:

En vano son de tu poder testigos.

Las ansias de la muerte

Me asedian sin cesar; mi pobre seno

Ayer tranquilo y fuerte,

De cuitas ora lleno,

Al malvado confunde con el bueno.

¿A do mis tristes ojos

Volver en medio de amargura tanta?

Solo espinas y abrojos

Hollando está mi planta,

Y es podredumbre hasta la flor más santa.

Que santo se llamaba

Y del justo la túnica vestía;

Su boca te aclamaba,

Mas su boca mentía,

Y en el fondo del alma te vendía.

Si del réprobo el signo

Marcado hubieras en su torpe frente,

Cual de su grey indigno,

Tu predilecta gente

Rechazara al hipócrita insolente.

¡Mas ay! en él respeta

De la virtud encantador modelo,

Y su dicha completa,

Pues corona su anhelo

Loores mil alcanzando en este suelo.

Que todos á porfía

Al par de su fervor, su mansedumbre

Ensalzan noche y día

Hasta la escelsa cumbre,

Para que al orbe su virtud alumbre.

Yo bien sé que del cielo

Perdonarle no puede la justicia.

¿Qué importa? ¿No es su anhelo

Contemplar cual propicia

La humanidad entera le acaricia?

Vendrá el *crugir de dientes*,

Vendrán despues blasfemias, maldiciones,

Que tú, Señor, no mientes;

Mas él sus ilusiones

De la tierra encerraba en las prisiones.

Aplauso codiciaba

De los buenos, y aplauso ha conseguido;

En él su bien cifraba;

Dichoso habrá vivido....

¿Es posible, Señor? ¿Feliz ha sido?

¿Ha morado en la tierra,

El jardin misterioso do la calma

Purísima se encierra?

¿Arrebató la palma

Que el justo gana con la paz del alma?

Devorador martirio

Mi atribulado pecho corroía,

Cuando en fatal delirio

Mi voz, tal vez impía,

Así al cielo plañéndose decía.

Y súbito á mi mente,

Fresca, lozana y olorosa y pura

Ostentóse la riente

Espléndida hermosura

De una pradera de eternal verdura.
 Y miré una barquilla
 Que tras mentido sol iba surcando
 Un río, aquella orilla
 Do está el vergel brillando
 Sin mirar, y á otro puerto caminando.
 Vía llegar al puerto
 Y hacer en aquel punto su morada;
 Era un prado cubierto
 De flores, delicada
 Luz singular, aroma regalada.
 De lejos parecía
 Fantástica mansion, grata quimera
 Que sueña la poesía,
 De luz brillante esfera,
 Do al par de la beldad, la dicha impera.
 ¡Ay! ¡como la hermosura,
 Contemplada al fulgor de la esperanza
 Magnífica fulgura!
 ¡Que desengaño alcanza
 Quien cifra en su ilusión la bienandanza!
 Era aquel sol sangrienta,
 Inmóvil mancha de dorada espuma;
 Ni las nubes argenta,
 Ni colora la bruma,
 Ni el monte enciende, ni el pensil perfuma;
 Ni allí las auras giran,
 Ni revisten aljófares las flores,
 Ni las fuentes suspiran,
 Ni brotan surtidores,
 Ni se agitan arroyos bullidores.
 ¡Eterna, eterna calma,
 En aire y agua, tierra y firmamento!
 ¿Y es éste, pobre alma,
 El trono del contento,
 Que tu delirio ambicionó un momento?
 No, no; que el aire llenan
 Los ecos de tus fúnebres gemidos;
 No, que allí no resuenan
 Los nunca merecidos
 Aplausos, que embriagaron tus oídos.
 ¡Señor! ¡Señor! exclamas:
 Yo era tuyo, tu grey me bendecía;
 Doquier tu luz derramas
 ¡Mi Dios! tu luz bebía;
 Tuya mi noche fué; tuyo mi día.
 Yo al débil inocente
 De las garras del fuerte arrebatada;
 Yo del impio elocuente
 La voz pulverizaba;
 Yo sabio, al ignorante adoctrinaba.
 Fui del triste consuelo;
 Del enfermo salud; del desvalido
 Amparo en este suelo.....
 ¿Por qué, por qué he perdido
 El fruto de tu diestra bendecido?
 ¿Por qué al tender la mano,
 Que al mísero una lágrima enjugaba,
 Mi pecho sobrehumano
 Tormento devoraba,
 Que una lágrima eterna destilaba?

Y entonces la conciencia,
 Rayo que enciende el sol de la justicia,
 «¿Qué fué de tu existencia,
 —Responde—que acaricia
 Solo la torpe vanidad propicia?»
 «La fama pregonera
 La senda marca á tu virtud mentida;
 Y virtud verdadera
 Es ofrenda debida
 Solo á Dios, no á los hombres dirigida.»
 «Haz el bien á tu hermano,
 Porque es tu hermano y porque á Dios agrada;
 ¿Y no pidiera en vano,
 Si oculta á su mirada
 Tu imagen fuera, ó vista y olvidada?»
 «Laureles codiciaste,
 Y el laurel al ceñir te estremecías;
 Entonce adivinaste
 Que si al mundo mentías,
 Mentir á tu conciencia no podías.»
 «Que la paz es preciado
 Tesoro con que al justo Dios convida
 En prenda de su agrado,
 Y en el pecho no anida
 Do mora solo la virtud fingida.»
 «La injusticia suprema
 Es justicia mentir y ser creído;
 Dios lanza su anatema,
 El impio es confundido;
 Más que el impio el hipócrita lo ha sido.»
 «El infierno te espera,
 Y preludia el infierno su tormento
 En la terrena esfera:
 Roedor remordimiento,
 Y lucha por velar el fingimiento.»
 ¡Señor! ¡que tu justicia
 Una y mil veces mil bendita sea!
 Tu mirada propicia
 Me ilumina, haz que vea
 Clara la antorcha que en tu diestra humea.
 A su fulgor divino
 Comprenderé los falsos esplendores
 Del prado peregrino:
 Son mentira sus flores,
 Mentira su perfume y sus colores.
 Mas allí do fulgura
 Claro el sol de la eterna bienandanza,
 Do plácida ventura
 Feliz el justo alcanza,
 Morada del placer en la esperanza.
 Contino el aire hiende,
 Desprendida del cáliz de las flores
 Una nube, que enciende
 Sus vagos resplandores
 De la flor peregrina en los colores.
 En fulgor semejante
 A la nítida escala que soñara
 Jacob; de luz brillante
 La nube asciende avara,
 Y hasta el trono de Dios audaz no para.
 Y allí con luz divina

Se colora, de nuevo allí se enciende,
Y hácia el prado se inclina,
Y magnífica hiende
Los espacios, y espléndida descende.

Y en las sencillas flores
Torna de nuevo á reposar amante,
Las da nuevos colores,
Las presta más brillante
Aureola, y perfume más fragante;
Y otra nube tan bella
En aquel punto con el mismo fuego
Volando tras su huella
Asciende, y baja luego,
Y á las flores matiza con su riego.

Y así en perene flujo
Nube tras nube deslumbrante asciende,
Y en continuo reflujo
Una y otra descende
Y una columna eterna así se enciende.

Columna que la planta
Tener parece en aquel verde suelo,
Y las sienas levanta
Hasta rasgar el velo
De las nubes, perdiéndose en el cielo.

Tal en bello conjunto
Miro alzarse las santas oraciones
Que en el vergel, trasunto
De las gratas mansiones
Del cielo, elevan puros corazones.

La oracion aceptada
Por Dios, en bendiciones convertida
Desciende á la morada
Do la virtud se anida,
Y nuevo sér la infunde, y nueva vida.

Y el himno de alabanza
Que entonces el justo agradecido entona,
Quizá más prez alcanza;
Que más fervor lo abona,
Y á más ardiente amor, mayor corona.

Virtud, es ser virtuoso,
Aparentarla, criminal falsía,
La mansion del reposo
No alberga al alma impia,
Aunque la encubra torpe hipocresía.

Y el hipócrita en vano
Mentir pretende deleitosa calma;
Este don soberano
Es del justo la palma,
Y alienta solo con la paz del alma.

EL MARQUÉS DE MONESTERIO.

A UNA NIÑA.

Ven, niña de azules ojos
Y de dorados cabellos,
Ven, y dime, hermosa mía,
¿Por qué has bajado del cielo?
¿Por qué has venido á este valle!

De duras espinas lleno,
Donde has entrado llorando,
De donde saldrás gimiendo?
—¡Ah! tú en él de dar acabas
Ahora el paso primero....
¿Si supieras, ángel mio,
Cuánto se sufre aquí luego!....
—No hay flor que no se marchite
Sobre este infecundo suelo,
Y eso que todos los días
Le sirve el llanto de riego!....
—Ya verás, luz de mis ojos,
Cuando á realizar tus sueños
Del campo de la esperanza
Cruces los varios senderos,
Ya verás cómo las flores
Que va tocando tu anhelo,
Son flores de secas hojas
Que lleva y deshace el viento!
¿Ya verás qué triste late
El corazón sin deseos,
Cuando así van poco á poco
Las ilusiones huyendo!
Ya verás.....—mas nó, no mires,
No cruces este desierto;
El que en él fija tu planta
Puede evitar tanto duelo.
—Vé, niña de azules ojos
Y de dorados cabellos,
Ángel que plegas las alas
Al rumor de mi lamento,
Vé, pues, y ruega al que escucha
De los ángeles el ruego,
Que te vuelva, hermosa mía,
Que te vuelva pronto al cielo!

EVARISTO SILLÓ Y GUTIERREZ.

UNA ESPERA AL OSO EN ASTURIAS.

Rio Aller, rio Aller, ¿por dónde han pasado tus espumosas ondas, que vienen tintas en sangre?

¿Han vuelto las feroces legiones romanas á aparecer en tus hoces, pagando con la pérdida de una centuria cada paso que por ellas avanzan?

¿O los árabes del desierto tornaron con su loco empeño de apacentar sus corceles en tus fértiles vegas?

¿O el águila imperial de las Galias trata nuevamente de posar sus aceradas garras en las tajadas rocas que cercan tu cuna?

Vanas quimeras; ni las águilas imperiales tratarán de colgar su nido, ni la pantera del desierto de establecer su albergue en los dominios del león español, que jamás sucumbe, pues cuando próximo á perecer se halla, el tardo y corpulento oso de las Asturias deja su cueva y acude á su defensa, paseando victorioso

sus triunfantes garras desde Vellica hasta Vindio, desde Covadonga á Granada, desde Oviedo hasta Bailén.

No; la sangre que matiza tus espumosas ondas, no es sangre de extranjeros, es sangre del soberbio animal que habita tus más intrincados montes, y puebla tus más inaccesibles montañas.

Allá en la cima de aquella roca que corona de blanca y de majestad á la enorme montaña que lamen tus cristalinas aguas, á la orilla de un rápido y profundo despeñadero, tallado en la peña viva que levanta á plomo sus últimos picos, hay un estrecho y natural sendero, único paso que el más intrépido cazador, ó la más brava alimaña, pueden hallar, desde los espesos montes de Aller á los tupidos jarales de Lena.

En medio del sendero, con el corazón tranquilo y la mirada serena, apoyado el dedo en el gatillo de la carabina, hiérge su hercúleo dorso el noble cazador á cuyo nombre va unido el recuerdo de cien victorias ganadas cuerpo á cuerpo contra el rey de aquellas breñas.

Hace tiempo que la batida ha comenzado; pero ni el ruido del ojeo llega hasta el bravo discípulo de San Huberto, ni las auras de la montaña traen más ruido que el lejano eco del río que atraviesa bramando las estrechas y tortuosas hoces que le ciñen y aprietan como un corsé de acero.

Pero poco á poco, un rumor sordo, vago al principio, pero cada vez más manifiesto, turba el augusto silencio de la comarca. Es el oso que, sorprendido en la soledad de su tranquilo retiro por el estrépito de los ojeadores, abandona sin prisa, sin impaciencia, el monte donde estaba, y comienza á atravesar la áspera roca que de los otros montes le separa.

A cada paso que da en ella, una nube de menudas piedras, que arrastra á otras mayores en su veloz caída, rueda con imponente ruido desde la elevada cumbre hasta el profundo valle. Pero el corpulento animal camina paso á paso, volviendo de cuando en cuando su feroz cabeza para escuchar el cada vez más cercano vocerío.

En tanto el intrépido cazador toma de su canana y coloca al alcance de su mano dos cartuchos de repuesto, y fija la vista en el único punto por donde aparecer puede la fiera, calcula friamente las peripecias de la lucha de que van á ser testigos aquellos mudos peñascos.

De pronto, á pocos pasos de distancia, por entre dos enormes rocas, aparece el soberbio animal mostrando su ancho y velludo pecho y fiero rostro.

Al contemplarse mutuamente los dos igualmente fieros adversarios, todo permanece callado, hasta el viento cesa, como si no quisiese turbar el augusto silencio de tan solemne entrevista.

El oso, satisfecha su curiosidad, avanza por fin, acompañando cada paso de un penoso y áspero gruñido, hasta que una pelota de plomo que le hiere en la mitad de su fornido pecho le detiene. Un horrendo bramido vuela á helar de espanto el corazón de los ojeadores (á quien el estampido del tiro anunciara el comienzo de la lucha), y levantándose el poderoso animal sobre sus anchos pies, alza sus potentes garras para aniquilar al miserable que no cuidó de ponerse en salvo después de haberle herido.

Pero una segunda detonación ensordece el espacio, y una segunda bala se incrusta en su corazón, que su nueva postura deja á descubierto.

Brillan por un momento sus ojos como dos ascuas, agita convulsivamente su membrudo cuerpo, hasta que breves instantes después viene al suelo su corpulenta masa. Ceden las piedras bajo su enorme peso, y piedras, matas y oso bajan con horrible estrépito hasta lo más profundo de la horrenda sima que á los pies del cazador se abre.

Este, en tanto, contempla con plácida mirada el veloz descenso de su víctima, y responde con una leve inclinación de cabeza á las ansiosas preguntas de los ojeadores que corren desalados en busca de su presa.

El hacha de uno de ellos improvisa en breves momentos un rústico y sencillo palanquin, donde es colocado el glorioso trofeo, que horas después yace colgado en el patio feudal de un solar antiguo, sirviendo de centro á la alegre danza de los labradores que ven sus siembras y sus ganados á cubierto de los estragos de la terrible fiera.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

ADVERTENCIAS.

Desde hoy queda á cargo de **LA CRUZADA** servir la suscripción del periódico **LA CARIDAD**, cuya publicación cesa. Los señores suscritores de **LA CARIDAD** que no quieran que sus nombres figuren en la cubierta de la **Revista**, tendrán la bondad de indicarlo á la **Administración de LA CRUZADA**.

Si alguno de los nuevos abonados desea que no figure su nombre en la lista de señores suscritores, tendrá la bondad de indicarlo oportunamente.

Por todo lo no firmado,
El Administrador Secretario,
LUCIANO ACOSTA.

MADRID: 1887.—Imp. de R. Vicente, Clavel, 4.